

UN LIBRE

España estaba en el declive de su decadencia y hundimiento definitivo: el poder en manos de los internacionalistas del Frente Popular vendidos a Moscou; la voz de la verdad del genial estadista José Calvo Sotelo, acallada con el crimen político más horrendo y alevoso que la Historia registra; el verbo profético de José Antonio acallado para que no pudiese dar las órdenes de rebeldía a sus escuadras y todos los que sentían la angustia del momento crucial y definitivo — la Patria en trance de perecer en las manos frentepopulistas del gobierno — perseguidos y amordazados para que no descubriesen a los españoles más incautos la terrible felonía que se estaba tramando. En estas circunstancias, cuando todos sentíamos el desfallecimiento por nuestra impotencia en detener la avalancha de los tristes y luctuosos acontecimientos que para España se preparaban, un hombre providencial, un militar español levanta en tierras africanas su espada en señal de santa rebeldía y corre hacia la Península a ponerse al frente de las legiones redentoras.

Cien mil camisas azules, cubriendo corazones a los que les dolía España, surgieron como milagrosa floración de los trigales y llanuras castellanas, y miles y más miles de boinas rojas, con sabores añejos de romancera y concedoras de otras luchas para la Patria, saturaron las montañas navarras. Ambos — falangistas y requetés — marcharon rápidos, con una urgencia que hablaba de grandes inquietudes, a ponerse a las órdenes de los generales que secundaban la obra del Caudillo que había de conducir a las fuerzas de la auténtica España a la victoria.

Hacia este Caudillo que Dios nos ha enviado para la salvación de nuestra Patria, al frente del Estado, de los Ejércitos y de la Falange, va toda nuestra más incondicional adhesión, y no como compensación justa del bien imponderable de la Victoria, sino como común conciencia española de la grandeza y esplendor que, en el orden interno de justicia social y en el internacional e histórico, España logrará bajo su preclara dirección, no exenta de inspiración divina.

Es por eso por lo que, cuando el mundo se debate en un charco de sangre, España sigue su propia ruta histórica sin actitudes cobardes y sin renunciar a la intervención en lo que de ecuménico y universal encierra la presente contienda: destrucción del bolchevismo ruso y del capitalismo anglosajón.

Con fe en el Caudillo y amor a la Patria, la incógnita de nuestro porvenir nacional queda resuelta con la grandeza y justicia que José Antonio anhelaba.



J. Habel